

# GAZETA DE MADRID

DEL MIERCOLES 28 DE JUNIO DE 1809.

## DAVIERA.

*Augsburgo 7 de junio.*

No habiendo podido huir Chasteller, como se ha dicho ya, por el Puster-Thal en Carintia, cuyo camino tenía interceptado el ejército de Italia, se ha retirado al Tirol, y ha excitado en parte de él nuevos alborotos, que serán de corta duración. Ya están en marcha algunas tropas de Augsburgo y de Wirtemberg para reforzar el cuerpo del general Beaumont. Los depósitos de los regimientos 6.º, 13.º y 14.º de dragones franceses han salido de Augsburgo para este destino. El Rei de Wirtemberg ha hecho partir en carros refuerzos considerables de infantería y caballería; y van también tropas de Baden y de lo interior de la Francia para el mismo objeto. Mañana se aguarda al Rei en Bibrach, en donde se halla apostado un cuerpo de observación wirttembergues, al mando del teniente general de Phul. S. M. quiere dar en persona instrucciones á este general relativas á los movimientos que debe hacer su cuerpo.

El señor de Metternich, embajador de Austria, ha pasado por Munich el 2 de junio con su comitiva. Su esposa y sus hijos permanecen en París.

Seiscientos dragones franceses y 800 hombres de infantería han partido ayer de esta ciudad para Landsberg.

De Ulma han salido para Viena muchos barcos cargados de granos y otras provisiones de boca.

## IMPERIO FRANCES.

*París 16 de junio.*

*Concluye el manifiesto del Austria. (Véase la gazeta núm. 175.)*

Desde el mes de agosto se habían tomado providencias que hacían recelar un rompimiento próximo. Los príncipes de Alemania, dependientes de la Francia, tuvieron

orden de reunir sus tropas en campamentos, y aumentar su número mucho más del contingente con que debían contribuir, á fin de estar prontos á ponerse en marcha. Se tuvo la perversidad de decir que la causa de esta reunión era el ponerse á cubierto contra los preparativos de guerra que hacía el Austria. El ejército francés hizo también ciertos movimientos sin que, por mucho tiempo, se pudiese saber su dirección ni su objeto. Se tuvieron vivas inquietudes por espacio de muchas semanas en diversos puntos de las fronteras de Austria, y muchos agentes franceses anunciaban ya, desde Lisboa hasta Constantinopla, la disolución entera de esta monarquía.

Se disiparon por esta vez estos rumores de guerra; pero á fin de no dextar descansar un momento, el gabinete francés pidió al Austria que reconociese sin restricción ninguna al príncipe nombrado Rei de España. En recompensa de este reconocimiento se prometía que las tropas francesas, que hasta entonces cercaban las fronteras del Austria, se acantonarían en posiciones más distantes, que no eran por eso menos peligrosas para esta monarquía. Pero S. M. estaba ya informado que este apartamiento de las tropas francesas, de las cuales se había retirado una parte, no tenía por objeto una composición amigable, sino más bien la necesidad que había de ellas en otros puntos. No era pues indispensable en estas circunstancias reconocer sin restricción ninguna al nuevo Rei de España; y á pesar de las representaciones que se hicieron de todas partes, S. M. creyó no deberse detener por más tiempo sobre este punto.

Durante las comunicaciones que se hicieron relativamente á esta proposición, S. M. manifestó siempre de un modo nada equívoco el deseo que tenía de evitar con sumo cuidado todo lo que hubiera podido dar al gobierno francés derechos fundados de descontento.



El Emperador Napoleon, en el tiempo que permaneció en Erfurt, no dexó de entrever sobre el verdadero estado de los negocios esperanzas mas lisonjeras. Sus discursos estaban llenos de cargos contra S. M., y de amenazas violentas con respecto á lo que pensaba exigir de él en lo sucesivo; y este language no podia mirarse sino como una consecuencia de la declaracion hecha en la nota de 30 de julio. El Emperador Napoleon, lejos de desistir de sus pretensiones, se iactó de haber contemplado hasta entonces al Austria con una moderacion mui grande, y por efecto de una condescendencia particular debida á la intercesion de un Soberano extranjero.

La campaña de España detuvo por algunos meses los proyectos de Napoleon; pero apenas creyó ser ya dueño de aquel pais, quando dirigió el rayo sobre el Austria. En España se expidieron las primeras órdenes de armarse contra el Austria, y el regreso del Emperador á Paris fue la señal para esparcir los escritos mas injuriosos contra las primeras familias de la casa de Austria, tratándolas unas veces con desprecio y otras con indignacion, y empleando todos los medios posibles para hacer al Soberano y á su sistema de gobierno odioso á sus súbditos, destruyendo al mismo tiempo la confianza que tenían en él. No era posible ignorar de donde podian provenir estos artículos, de los que estaban atestados los periódicos ministeriales; los principes alemanes dependientes de la Francia juntaban al mismo tiempo sus fuerzas militares; las tropas francesas que habian quedado en Alemania y en Italia se reunian en diferentes puntos; y en fin, no podia ya dudarse que no se queria diferir el ataque sino por el tiempo preciso que exigia la llegada de nuevas fuerzas. Tal vez se desearia conocer la resolucion que tomaria S. M. quando viese los preparativos de ataque de que estaba amenazado mucho tiempo antes. S. M. habia hecho continuos esfuerzos por conservar la paz; por tres años consecutivos habia estado consintiendo en varias condiciones duras é injustas que le habia impuesto el gabinete frances, sin manifestar el menor disgusto, antes por el contrario, esmerándose siempre en apartar todo motivo de queja. El deseo que tenia S. M. de conservar la paz le habia obligado á hacer grandes sacrificios; y aun habia llegado á concebir muchas veces la esperanza de restablecer con nuevas proposi-

ciones las relaciones mas íntimas con la Francia; pero era vana esta esperanza, puesto que S. M. no llevaba otra intencion que la de conservar su reposo y la seguridad de sus vecinos, mientras que el gabinete frances, que se proponia un fin diametralmente opuesto, no podia quedar satisfecho con semejantes condiciones.

Quando se agotaron en fin todos los medios imaginables para poner á prueba las intenciones pacíficas del Austria, el gobierno frances precisó á S. M. á recurrir á las hostilidades, exigiendo que los preparativos hechos por pura precaucion fuesen destruidos, aunque la defensa del pais dependia esencialmente de ellos. Era imposible comprar á este precio la paz. Se hubiera arruinado la monarquía en el instante mismo en que aquellos á quienes estaba confiada su defensa hubieran consentido en destruir los últimos medios que quedaban para su conservacion. El Emperador Napoleon no podia ocultar el verdadero fin de sus intenciones, y no hubiera tenido semejantes pretensiones sin haber formado de antemano el proyecto de hacer que tuviesen este resultado. A pesar de quanto pueda decirse en el tiempo presente y en lo sucesivo para apartar las cosas del único punto de vista, baxo del qual deben ser consideradas, nunca podrá haber contra el Austria otra queja que la de haber querido continuar en su independencia absoluta en un tiempo en que los estados iban perdiendo uno tras otro su antigua solidez y su independencia. El Austria no ha cometido otra injusticia mas que esta. El Emperador Napoleon ha declarado muchas veces *que no pedia nada al Austria*; lo qual no podia tener otra interpretacion si no que el Austria debia darse por satisfecha hasta entonces, y hasta que se tomase otra resolucion con respecto á ella con conservar la integridad de su imperio, aunque desprovista de todos los medios de resistencia, y de los que pudieran asegurarle su existencia en lo venidero, lo que no podia pretender sin contar con la proteccion del gran monarca que tiene una entera influencia en los negocios políticos de la Europa.

S. M. acudió á las armas, porque su propia conservacion no le permitia aceptar las condiciones que le imponia el gabinete frances para conservar la paz, que eran las de renunciar á los preparativos de defensa: S. M. creyó tambien que era obligacion suya no diferir por mas tiempo la defensa del



país y de sus súbditos, en quienes había advertido el deseo unánime de oponer todos los medios de resistencia á la destrucción entera de que estaba amenazado el imperio. El Emperador tomó esta resolución lleno de aquella confianza que debe tener un justo defensor de sus derechos, y ha tenido la satisfacción de creer que todo el mundo aprobaría el partido que tomaba. No puede formarse sino una sola opinión sobre la declaración de esta guerra: bien sabidos son los continuos esfuerzos que hizo S. M. para conservar la paz, y sus pretensiones moderadas y justas, mientras que es demasiado evidente el deseo del enemigo de hacer la guerra.

S. M. no se ha propuesto pues otro objeto que el de poner fin á todos los sacrificios que se ha visto precisada á hacer el Austria de tres años á esta parte, durante los cuales se ha esforzado continuamente en evitar los peligros y amenazas á que estaba expuesta, aunque el imperio gozaba en la apariencia de un estado de paz. Semillante situación es insostenible quando los ejércitos extranjeros pueden tener sitiada una monarquía baxo qualquier pretexto. El Austria no podía permanecer en esta posición; los estados vecinos no tenían mas que dar la señal del ataque para hacer entrar al enemigo en el territorio austriaco, y, baxo qualesquiera pretextos, ó por amenazas, se tenían ejércitos numerosos prontos á marchar. Esta posición acarrea también á la Austria crecidos gastos á fin de conservarse en la defensiva.

El estado monárquico del Austria no está asegurado quando forma una potencia aislada, sin tener ninguna relación con sus vecinos, ni influjo ninguno en el sistema general de la Europa. La seguridad de la independencia del Austria no podía existir sin que sus vecinos disfrutasen igualmente de ella. El Austria no podía mirar con indiferencia la suerte de los países que la cercan por todas partes, y principalmente la de la Alemania y de la Italia. Los intereses de esta monarquía están de tal modo unidos, y son tan inseparables de los de aquellos países, de los que es el punto central, que no podría renunciar estas ventajas que goza muchos siglos há, sin descargar sobre sí misma un golpe fatal. Los sentimientos y los deseos de S. M. van de acuerdo con las necesidades de sus estados; y estará siempre obligado á sostener la dignidad de su trono, y á velar por la felicidad de sus

pueblos, que no puede tener su origen sino en el estado floreciente, en la independencia y en la tranquilidad de las potencias vecinas. S. M. no querrá nunca hacerse juez de sus alianzas con los demás países, de un sistema de gobierno ó de sus leyes particulares, como ni tampoco fijar el número de sus fuerzas militares; y espera que los demás Soberanos harán otro tanto con respecto á él.

S. M. no tiene celos ningunos, ni ambición á los derechos de otro Soberano, ni su grandeza, ni su reputación, ni el influjo legítimo que puede tener. Las guerras eternas no tienen jamás otra causa que las pretensiones de un Soberano á semejantes ventajas. El Emperador no cesará de velar por la conservación y por los triunfos de la Francia; únicamente se opondrá á su sistema de engrandecimiento que, baxo la denominación indefinida de *imperio francés*, no conoce otras leyes que sus propios intereses, lo que es hoy día la causa de la guerra. Si se acabara este sistema de modo que fuese restablecida la balanza de la Europa, y la independencia de todos los estados respectivos, la monarquía austriaca podría entonces tener la esperanza de conservar su existencia.

S. M. somete á la Providencia divina el cumplimiento de sus justos deseos, y cree deber asegurar que no sacrificará jamás los intereses de sus vecinos á los de su monarquía; que nunca echará mano de providencias contrarias á la conservación de los derechos é independencia de otros estados que los hubieren adquirido legítimamente; y que si los triunfos de sus armas corresponden á sus miras, los resultados de esta guerra, de la que el Austria aguarda una suficiente seguridad para afianzar su propia existencia y su tranquilidad, irán de acuerdo baxo las relaciones mas felices con los verdaderos intereses de sus vecinos, y el bien general de la Europa.

## ESPAÑA.

*Madrid 25 de junio.*

Esta mañana á las ocho llegó el REI á Consuegra; pasó revista al cuarto cuerpo de ejército mandado por el general Sebastianí, y acaba de llegar á esta villa, donde se halla hoy el cuartel general de S. M.

*Madrid 27 de junio.*

Don Josef Napoleon por la gracia de



Dios y por la constitucion del estado, REI de las Españas y de las Indias.

Hemos decretado y decretamos lo que sigue:

ARTICULO I. „Los jardines llamados de la Isla, de los Infantes, del Príncipe, de la Primavera, y las tierras dependientes de la casa del Labrador, é igualmente que la estufa del jardin de la Isla y el Esparragal de la Plaza Nueva, quedarán como únicas dependencias del palacio de Aranjuez.

ART. II. El tesoro de la corona correrá con los gastos necesarios para el cultivo y conservacion de dichos jardines.

ART. III. Todos los demas jardines, huertas, campos, pastos y otros terrenos, de qualquiera naturaleza que sean, se darán en arrendamiento. Se exceptúa de esta disposicion el terreno de las arboledas de los paseos públicos, que se conservarán y permanecerán en el actual estado, y cuyo producto nos reservamos.

ART. IV. Se hará una division de los terrenos destinados á arrendarse, determinando las granjas ó haciendas que puedan formarse de ellos, y de los que por la naturaleza de la tierra y de las anticipaciones que habria que hacer para su desmonte solo fuesen propios para darlos á censo ó en enfiteusis.

ART. V. Se indicarán en este plan las fábricas, casas, dependencias de cada una de dichas granjas ó haciendas dadas en enfiteusis, y se hará una descripcion de las tierras de que conste cada lote ó suerte, y del valor á que se conceptúe puede ascender su producto.

ART. VI. Este plan será presentado á nuestra aprobacion; y verificada esta, se procederá á la adjudicacion de los arrendamientos y enfiteusis en el mejor postor por ante el intendente del sitio de Aranjuez, y baxo la aprobacion del superintendente general de nuestra casa.

ART. VII. Las contratas se estipularán en moneda metálica y no en frutos, por el término de nueve años á lo menos, y de veinte y uno á lo mas, saliendo Nos por fiador, y renunciando (en quanfo á la invalidacion de las contratas) á todo derecho privativo de la corona que haya estado en vigor hasta aqui, sin reservarnos en este

particular mas que las facultades que son de derecho comun.

ART. VIII. Los arrendatarios á quienes se adjudiquen los terrenos usarán de la facultad de cerrarlos (con tal de que el cerrado diste 20 toesas de los paseos reservados por el artículo III), establecer en ellos la clase de cultivo que juzguen conveniente, apacentar y criar toda especie de ganados, aprovechar el producto de las llamadas rastrojeras, con facultad de vedar á todo propietario de ganado el pasto y paso por ellas despues de la cosecha, y renunciando por lo que á Nos toca á todo derecho de cazar en las expresadas propiedades cercadas, y en las no cercadas, mientras no esté levantada la cosecha.

ART. IX. Los arrendatarios podrán traspasar por venta ó cesion el derecho de usufruto de los terrenos del arrendamiento, participándolo antes al intendente del sitio, quien examinará si el nuevo arrendatario es abonado para el cumplimiento de la contrata, y poniéndolo en noticia del superintendente general de nuestra casa.

ART. X. A la renovacion de los arrendamientos los hijos ó herederos de los antiguos arrendatarios serán preferidos por el tanto á otro qualquiera.

ART. XI. Los arrendatarios actuales de las porciones de terrenos del sitio de Aranjuez, cuyos arriendos no hayan espirado aun, podrán á su arbitrio, ó continuar en ellas hasta el término estipulado por sus contratas, ó presentarse aprovechándose de las ventajas del presente decreto, y serán preferidos por el tanto á otro qualquiera; para lo qual concurrirán á manifestar su voluntad dentro de un mes contado desde la fecha de este nuestro decreto.

ART. XII. En caso de dificultad sobre el cumplimiento de las cláusulas y condiciones de las escrituras de arrendamiento, los interesados usarán de su derecho en los tribunales ordinarios, donde se mostrará parte en nuestro nombre el superintendente general de nuestra casa, y hará las requisiciones, defensas y gestiones necesarias.

Dado en nuestro palacio de Aranjuez á 23 de mayo de 1809. = Firmado = YO EL REI. = Por S. M. su ministro secretario de Estado Mariano Luis de Urquijo.

EN LA IMPRENTA REAL.